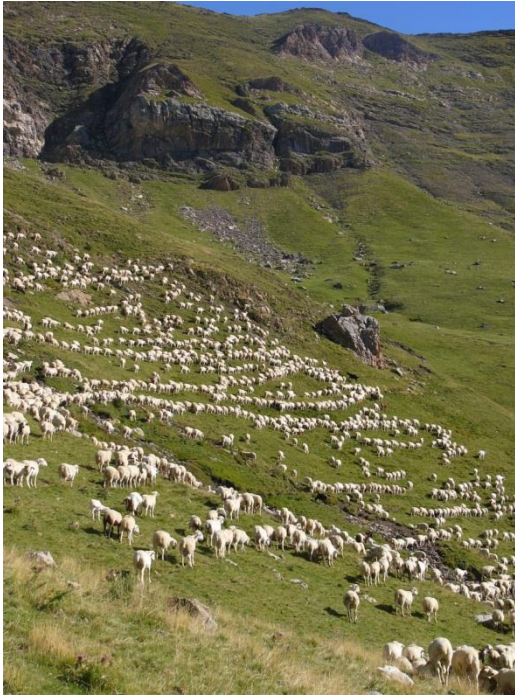


El fuego y la pezuña

Ramiro Palacios Cuesta. boal36@eniac.es



“sin conocer ni comprender los cambios que nuestros antepasados imprimieron en el territorio, cómo podríamos ordenarlo de forma sostenible” Enric Tello

La ganadería ha formado parte del paisaje de la Península Ibérica desde hace milenios, su acción sobre el suelo y la vegetación, ha contribuido a modelar la faz de las montañas españolas, hasta que hoy no podría conocerse ni explicarse su aspecto y composición, si no fuera por las interacciones entre el ganado y la vegetación.

Entre las diferentes estrategias utilizadas por los pastores, las quemadas controladas han sido y siguen siendo un método utilizado para eliminar la vegetación muerta, rejuvenecer el pasto y controlar el desarrollo del matorral, y esto ha sucedido en diferentes contextos, climas, épocas y países. Las consecuencias de estas quemadas sobre el suelo y los ecosistemas, difieren según diversos factores, aunque la literatura científica coincide en señalar que, a medio y largo plazo, la utilización del fuego de forma recurrente, incrementa el riesgo de erosión y empobrece la fertilidad del suelo.

En el caso de la cornisa cantábrica, dado que la humedad del suelo es elevada durante la mayor parte del año, solo se pueden aplicar el fuego, precisamente, en los días en los que el viento del sur seca la vegetación y esta puede arder. El hecho de que en este año, las quemadas hayan tenido lugar uno o dos meses

antes de lo que suele ser habitual, no cambia la situación general, es decir, la utilización del fuego para eliminar el matorral y la hierba seca

La novedad de lo sucedido, es el elevado número de incendios y la rapidez con la que se extendieron, lo que ha dificultado su control. La razón de esta virulencia, estriba en la existencia de una enorme cantidad de masa vegetal dispuesta a arder. Hierba no consumida durante la primavera y el verano, que, en otoño se lignifica, y matorral bajo, son el combustible principal. Cuando el incendio se ha desatado, también el arbolado puede ser engullido por las llamas, pero lo que explica la rapidez y facilidad para que el fuego se extienda es la hierba lignificada y el matorral. Veamos cómo funcionan estos dos componentes de la vegetación

“Tanto la intensificación como el abandono espacial aminoran la biodiversidad y propician la homogeneidad espacial” Francisco Díaz Pineda

La disminución del pastoreo gestionado en sistemas extensivos y en base a pasto, ha supuesto una reducción de la presión del ganado sobre la masa vegetal, quedando las áreas de más difícil acceso o elevada pendiente, con una buena cantidad de biomasa sin consumir.

El cese en el cultivo de amplias zonas a lo largo de los últimos cincuenta años, ha hecho que se desencadenen los procesos de sucesión vegetal. Es decir, una vez abandonado el cultivo, o la siega del prado, durante los primeros cinco años, el sustrato herbáceo cubre por completo la parcela y se inicia el proceso de matorralización, que, dependiendo de la orientación solar, el clima, y tipo de suelo, puede prolongarse entre 30 o 60 años, al cabo de los cuales, los arbustos y árboles se implantarán sobre esas áreas matorralizadas

Si echamos la vista atrás, nos daremos cuenta de que los procesos de emigración del campo a la ciudad fueron más intensos en España entre mediados de los cincuenta y finales de los sesenta. Si a estas fechas le sumamos los años en los que se prolonga el proceso de matorralización, encontraremos una razón lógica de porqué ahora hay tanta masa vegetal no consumida y disponible para las garras del fuego



Dehesa de carrascas y área aterrizada en proceso matorralización. Munilla. La Rioja. 2010



Cono cubierto de matorral en proceso de bosquización. Arnedillo. La Rioja. 2016

Uno de los elementos que daba mayor estabilidad al sistema campesino tradicional, era su versatilidad para adaptarse a diferentes tipos de problemas y necesidades. En el caso ganadero, la combinación de cabras, ovejas, burros, vacas o yeguas conseguía un efectivo control del matorral y del pasto lignificado. Esos burros comiendo cardos volanderos a finales del otoño dan cuenta de su capacidad para ingerir materiales leñosos y difícilmente consumibles por los demás herbívoros. El efecto del ramoneo de las cabras sobre zarzas, espinos, árgomas o urces, resulta claramente beneficioso para las demás especies, ya que “clarifica “ las áreas de pasto y mantiene a raya el desarrollo de las plantas leñosas.

“siempre ha visto que todos los vecinos de la villa de Munilla y lugares de su tierra han estado y estan en posesion e uso e costumbre de que cada cuando que les parece van a sus heredades propias y labran y rompen y rozan y cortan el monte dellas para las poder gozar y cortan la leña y ramon de las carrascas y robles de las dichas heredades llevando la dicha leña y ramon a sus casas para sus ganados y aprovechamientos... y lo mismo vio este vecino hacer a sus mayores e ancianos” Año 1590. Archivo Municipal de Munilla. La Rioja

Lo que ha sucedido con particular nitidez a lo largo de los últimos cuarenta años, es que apenas hay burros en el monte, las cabras son pocas y, la mayoría de ellas, viven estabuladas. Las ovejas no pueden acceder a las áreas densamente pobladas de matorral y las vacas, y más aún las razas más comunes en España, no son capaces de internarse en esas zonas intrincadas, donde los medios humanos no pueden acceder cuando se desatan los incendios.

Las razones que explican estos cambios en la composición de la cabaña ganadera son diversas, por un lado, los pequeños rumiantes requieren más mano de obra que los grandes ungulados, y estos últimos resisten mejor los ataques de los depredadores, especialmente del lobo. Y en todo caso, la razón de mayor peso estriba en que las ayudas de la PAC directa e indirectamente

favorecen el ganado vacuno sobre el caprino u ovino. En este contexto, no es casual que muchos ganaderos hayan optado por el ganado mayor, aun cuando sea en zonas poco aptas para esta especie

Por si todo esto no fuera suficiente, las autoridades que controlan la aplicación de las medidas agroambientales de la PAC, han venido a enrevesar más el asunto a través de ese acrónimo tan usual entre los ganaderos, el llamado CAP (coeficiente de admisibilidad de pastos). Y es que desde hace varios años, las autoridades comunitarias vienen recortando la superficie considerable como pastable debido, precisamente, al aumento del matorral, el cual no se considera como admisible para su contabilización en la ayuda agroambiental.

Tenemos por tanto la tormenta perfecta, o mejor, el fuego perfecto, a saber:

- Amplias áreas de la geografía española cubiertas de matorral, con una elevada capacidad de combustión, que, en su mayoría, no son desbrozadas por ganado alguno
- Una ganadería extensiva especializada en el vacuno, cuya capacidad para desbrozar, es reducida
- Una parte importante del territorio al que es casi imposible acceder, bien por la elevada pendiente o por estar cubierta densamente por la vegetación
- Amplias áreas repobladas con masas monoespecíficas, en su mayoría coníferas, sin espacios que establezcan discontinuidades y permitan frenar el fuego
- Una tendencia en el clima. con episodios cada vez más extremos de sequías, lluvias torrenciales y calor extremo

Para allanar el camino de las ideas, quizás sea útil comenzar por desterrar falsos mitos.

El primero de ellos es el del ganadero pirómano. No es cierto que los ganaderos o pastores sean unos enfermos del fuego, de hecho, muchos de ellos han colaborado durante los últimos incendios en las labores de extinción. Seguramente ha habido casos de personas que iniciaron la quema y que después no pudieron controlarla, pero, de ahí, a pensar que los pastores sufren una patología con el fuego, media un buen trecho. El uso del fuego para controlar el matorral y eliminar la hierba lignificada, fue una técnica que funcionó en la cornisa cantábrica durante siglos y ello no impidió el desarrollo de potentes masas boscosas y un elevado grado de biodiversidad. Pero, seguramente, esta técnica no es útil en la actualidad, ya que el espacio natural ha cambiado su fisonomía, la mayor parte de la población rural de esas zonas, ha desaparecido y los usos que esta población hacía del monte se han reducido y simplificado

El segundo mito es creer que el problema es la falta o la insuficiencia de medios para las labores de extinción. Si bien estos son imprescindibles para controlar los incendios, y que su labor llega a ser heroica, no es menos cierto que, dada la extensión de las áreas potencialmente incendiables y la abundancia de vegetación dispuesta a la combustión, no existen recursos, ni fondos, ni personal, para, por sí solos, asegurar el control de todas las masas de bosque y matorral del país

El tercer engaño consiste en proponer la realización de desbroces generalizados, utilizando medios mecánicos, en las zonas densamente matorralizadas, algo que ya se viene llevando a cabo desde hace más de una década. Ya que, si bien este sistema funciona el primer año, si el rebrote no es consumido de manera intensa por el ganado durante la primavera, en los siguientes, vuelve a poblarse de matorral tanto o más denso que antes del desbroce, tal como señala la lógica de los procesos de sucesión vegetal ya mencionados



Área recién desbrozada. Arnedillo. La Rioja. 2012



Misma área cuatro años después. Arnedillo. La Rioja. Enero de 2016

Finalmente, conviene señalar que, si bien es cierto que algunas empresas madereras están detrás de las modificaciones legales que permiten los aprovechamientos de biomasa en las zonas incendiadas, parece difícil concluir que estas hayan provocado o facilitado los incendios de la cornisa cantábrica, todo ello, habida cuenta de que la mayor parte de lo que se ha quemado es matorral.

Así las cosas, bien vendrá echar la vista atrás para tratar de dar pasos adelante:

- La vegetación y la morfología de la mayor parte de las áreas rurales europeas, y españolas, son el resultado de una vieja convivencia de ganados y actividades agrícolas. Si no fuera por la fertilidad que las deyecciones animales aportan al suelo, por la labor de poda que realizan sobre los árboles y arbustos, por el control del matorral... no existirían ni

los mullidos suelos, ni los vigorosos troncos bajo los que nos gusta tumbarnos. Los espacios pastoreados contienen mayores dosis de biodiversidad, sus suelos son más ricos en nutrientes y son espacios más estables y sostenibles



Cabras ramoneando en Fornillos de Fermoselle. Zamora. 1997

- Las políticas forestales aplicadas desde hace decenios han partido de la consideración de que la plantación de árboles venía a funcionar del mismo modo que la de lechugas o vides, cuando conocemos muy bien la compleja ecología de los ecosistemas de montaña y las variadas interacciones que en ellos se dan. Continuar realizando forestaciones con muy pocas especies, en áreas homogéneas, sin espacios que creen discontinuidades y expulsando las actividades ganaderas, es un error que llevamos pagando caro desde hace tiempo



Replacación de coníferas en Zarzosa, La Rioja.

- Si algo caracteriza a la naturaleza es su dinamismo, un espacio que venía siendo cultivado y se deja lleco, pronto es colonizado por diferentes especies. Conocer este dinamismo, establecer la secuencia de los cambios y la dirección hacia la que se dirigen, ayudará a planificar las actuaciones y, seguramente a ahorrar no pocos recursos



Terrazas de cultivo cubiertas de matorral. Peroblasco. La Rioja. 2012

- Ya que existe una palabra para nombrar al pastor y otra diferente para denominar al propietario del ganado, no estará de más, reivindicar el viejo y nuevo saber del pastoreo, aquel que combina la ecología con la veterinaria, la etología con la nutrición y el conocimiento del territorio con la gestión del mismo.
Mientras la aplicación de la PAC siga los mismos patrones en las montañas mediterráneas que en las llanuras bretonas, los ganaderos ibéricos no estarán suficientemente incentivados para combinar los diferentes tipos de ganado y conducirlos del modo en el que más eficientemente aprovechen los recursos. La modificación de los criterios a la hora de calcular el CAP parece imprescindible para remunerar de manera justa las prestaciones ambientales que el pastoreo ocasiona. Pero no será suficiente, es preciso el compromiso del pastor para garantizar que tales prestaciones se dan y que el conjunto de la sociedad accede a ellas
- Cuando hablamos con un pastor de un área de montaña, él nombrará cada zona con un término, así hablará de brañas, prados, cogotes, valles y un sinnúmero de palabras, cada una de las cuales contendrá un significado según la función a la que esté destinada. Pastos de verano, invernadas, prados de siega... cada zona era gestionada de manera diferente, y el ganado era una de las principales herramientas de gestión. Trashumancia, trasterminancia, muda... son términos que

indican diferentes formas de aprovechamiento del pasto a lo largo del año y con diferente tipo de ganado.

Sin pensar que hoy en día es posible mantener la presencia constante del pastor al lado del ganado, algo poco cualificante y menos aún rentable, no es menos cierto que habrá que buscar la manera de dar una mayor complejidad y precisión a los aprovechamientos pascícolas si se desea alcanzar unos umbrales de sostenibilidad. Vallados poligonales y perimetrales, mantenimiento de cortafuegos con ganado, pastoreo digital, planes de gestión de pastos, instalación de puntos de sal y abrevaderos colocados estratégicamente, desbroces selectivos, siembras controladas, pastoreo regenerativo... una amplia variedad de recursos para dar sostenibilidad social y económica a la actividad del pastoreo están disponibles, solo falta conocimiento para aplicarlas y voluntad de hacerlo

- A lo largo de los últimos años, una buena parte del territorio, especialmente las zonas de montaña, han pasado a ser gestionadas por las Comunidades Autónomas, quedando las comunidades locales, fuera de los entes de gestión. Ello ha erosionado el compromiso de la población local con los recursos que los espacios naturales proveían y de los que venían disfrutando desde tiempo atrás. Es preciso, por tanto, generar dinámicas de participación de las comunidades locales en los entes de gestión de los espacios naturales y no solamente para mejorar la cooperación, sino también para promover aprovechamientos que generen desarrollo y vinculen a la población local con su medio. Biomasa, recursos micológicos, rutas turísticas, frutos del bosque, pastos... son muchos los recursos que pueden generar actividad económica y empleo. Cuanto más comprometida esté la población local con su territorio, más lo defenderá y lo cuidará